

DESDE LA UNIVERSITAT

La España pobre

► Las desigualdades socioeconómicas afectan a 13 millones de españoles



MARINA MORENO/CARMEN VARGAS CS
 ■ Carmen Ortiz, española, 47 años. Tiene un hijo y vive con él y su marido. Ella es la única que trabaja. Son pobres, como otros 13 millones de españoles. Así lo explica el informe «El Estado de la Pobreza. Seguimiento del indicador de pobreza y exclusión social en España 2008-2016». El 28 % total de la población española vive en riesgo de pobreza y exclusión social. El resultado: una sociedad con más desigualdades.

Esta es la historia de cómo condiciona a una persona vivir en desigualdad. Desde la motivación que se pierde, los talentos que nunca se demostrarán, los futuros desdichados, los trabajos efímeros, la salud que se deteriora. Y esa desigualdad que no desiste. Y acompaña hasta el final.

Desiguales desde el primer día

«La guardería de mi hijo fueron sus abuelos», relata Carmen. En España el servicio de educación infantil es mayoritariamente privado. Y es que solo el 6 % de las plazas -según un informe de la Fundación de las Cajas de Ahorros (Funcas)- corre a cargo del Estado. El Instituto Nacional de Estadística (INE) muestra que los niños que viven en hogares con ingresos más elevados -62,5 %- tienen mayor acceso a estos servicios que los que tienen una familia con rentas bajas. En 2016 casi el 44 % de menores de 3 años asistieron a guarderías y solo el 22 % lo hicieron de forma gratuita.

«Era un gasto muy grande», explica esta madre. Más de la mitad de los padres que no pudieron llevar a sus hijos a centros de cuidado infantil -según el INE- aseguran que no podían permitírselo. No pueden hacer frente al pago de la educación de sus hijos porque tienen que pagar las facturas, la hipoteca, la comida. Y con tanto pago habrán olvidado la atención que necesitan sus hijos.

La psicóloga clínica Carmen Esteban, especialista en trastornos de aprendizaje en la infancia, explica que priorizar tiene consecuencias. Y esta vez sobre los niños. «Con el ritmo de vida de estas familias a veces es muy difícil cubrir las necesidades emocionales: pasar tiempo con ellos, jugar, escucharles sin juzgar».



Banco de alimentos de Cáritas en la Vall d'Uixó. MARINA MORENO

«Los padres son el emblema de apego de los niños, sus figuras de seguridad», explica Esteban. Cuando no están cerca de sus hijos física y emocionalmente «su autoestima puede verse afectada». Y un niño sin autoestima ni motivación «poco se esforzará por aprender», explica Sara Tarrés, psicóloga infantil y escolar. Carmen nunca pudo ayudar a su hijo en los estudios porque trabajaba todo el día limpiando casas por horas. Según Tarrés, esto es esencial para el futuro académico de los niños: «Debemos implicarnos en los estudios de nuestros hijos desde temprana edad. Leer con ellos, resolverles dudas y orientarles». Cuando los padres se involucran en la educación formal de sus hijos, explica Tarrés, obtienen mejores calificaciones académicas, muestran menor índice de fracaso escolar y se mantienen en el sistema educativo durante más tiempo.

Además, la inequidad educativa, según la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), ha aumentado. La pobreza incide en los resultados educativos un 24 % más que hace 15 años. Y es que como se apunta en el informe PISA, las escuelas situadas en zonas de rentas altas obtienen mejores resultados que en las que el nivel socioeconómico es bajo. En las primeras los alumnos tienen resultados bajos en una media de 0,1 %. En cambio, en las segundas, la tasa es del 17,3 %.

«Hacia un futuro incierto» Por eso, que los jóvenes con dificultades económicas abandonen los estudios de forma precoz no es casualidad. Según el INE, el 43 % de los menores del 20 % más pobre renuncia a los estudios antes del previsto, como el hijo de Carmen. Tiene 19 años y dejó los estudios con 16. Ha trabajado un mes como recolector de naranjas desde entonces. Para Aurora García -catedrática en Teoría Económica e investigadora de toma de decisiones ante situaciones de riesgo- negarse a estudiar es «como tirarse a un cubo de basura que poco a poco se deteriora hasta pudrirse».

En España está situación se repite a menudo, ya que -según la Encuesta de Población Activa (EPA)- más del 50 % de los jóvenes de entre 16 y 19 años se encuentran en paro actualmente. Dejar los estudios para buscar un trabajo «lleva a la mediocridad en la sociedad, al crecimiento de la desigualdad y a tener trabajos que apenas cotizan, si es que cotizan», afirma la profesora.

Más allá de la falta de ingresos

Pero las circunstancias han cambiado. Y no solo para los jóvenes. La vida adulta no es nada fácil. En 2007 -un año antes del inicio

de la crisis económica- la cifra de parados no alcanzaba los dos millones, según la EPA. Tan solo un 8,57 % de la población -2.129.547 personas- se encontraba sin trabajo. Diez años después hay casi tres millones y medio de parados en el primer trimestre de 2018.

Y algunos de los que siguen trabajando lo hacen de forma efímera. En España, según Eurostat, el 4,7 % de empleados tiene un trabajo precario. Más del doble de la media europea, que es del 2,7 %. Como Carmen, que trabaja cuatro veces más de lo establecido en su contrato de dos horas a cambio de 600 euros.

El trabajo precario tiene efectos. «La salud está delimitada por los determinantes sociales», explica Ana María Pérez, presidenta de Médicos del Mundo de la Comunidad Valenciana. «La educación, el empleo, el nivel de ingresos, la vivienda y la nutrición influyen en la salud física y mental de las personas», añade. Ya Carmen todo esto le influye: no tiene estudios, su trabajo es precario, roza los 600 euros de ingresos mensuales y en su casa comen «lo básico», explica.

Le duelen los hombros, las rodillas, las manos y la espalda. También está desanimada pero asegura que «los pobres nunca estamos malos, nos tomamos una pastilla» con el objetivo de seguir trabajando. Pérez explica que la falta de control de las en-

fermedades es frecuente en este grupo de la sociedad: «cuando acceden al sistema sanitario, acceden más tarde y sus enfermedades graves tienen un diagnóstico más tardío», comenta.

Desde el inicio de la crisis, los grupos de población vulnerables presentan más problemas de salud mental -según la doctora- y «están infradiagnosticados e infratratados» por lo que se agravan. Depresión, ansiedad y estrés posttraumático son las enfermedades mentales más comunes en este sector de la población, añade. Al no tratarlas, estas personas «tienen merma de sus capacidades de mejora laboral y su nivel de bienestar» lo que perpetúa su enfermedad «como un círculo vicioso», asegura Pérez.

«No podía pedir ayuda a mis padres ni a mis hermanos porque su situación tampoco era buena», cuenta Carmen. Tampoco ha acudido a la beneficencia. «Mis vecinos me han ayudado dándome ropa», añade. La caridad es una de las vías ante los recursos mínimos. Más de 1 millón y medio de personas en España recurrieron a Cáritas en 2017. Entre los españoles que acuden hasta estos centros dedicados a la ayuda humanitaria «destacan las mujeres sin estudios con hijos a su cargo», explica Amparo Valiente, voluntaria de la organización. Además, asegura que la pobreza pasa de generación en generación, a quienes pasan a ser considerados «crónicos».

Un final esperado

Y cuando llega la tercera edad, nada mejora. La pensión media de jubilación en España es de 1080,52 euros en este mes de abril -según la Seguridad Social-. Como explica Antoni Llorente, Licenciado en Ciencias Políticas y especialista en Políticas Públicas y Derecho a la Ciudadanía, «en nuestro país hay una distribución muy injusta de la riqueza». Y es que, no es lo mismo vivir con una pensión media en un pueblo de Castelló que hacerlo en el centro de Madrid, añade.

De los 5 902 382 jubilados que hay en España, según el Ministerio de Empleo y Seguridad Social, casi 3 millones y medio reciben una cuantía por debajo de la pensión media. Esto se debe a la precarización del trabajo, a las bajas cotizaciones y -en muchos casos- al trabajo realizado en negro. La carencia material de las personas mayores, es una realidad. El 8 % de los mayores de 65 años la padecían en 2016 -según el INE-. No pueden permitir necesidades como la calefacción, la buena alimentación o, incluso, una vivienda digna. Por todo ello, Carmen no quiere hablar sobre su futuro. «No me lo quiero ni imaginar», concluye.